

OFRENDA LÍRICA A DON LUIS DE GÓNGORA

FRANCISCO DE PAULA SÁNCHEZ ZAMORANO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Pensamiento, inmortalidad y memoria

No sé, Sr. Director de la Academia, qué fuerza abisal convulsiona el incierto devenir de nuestra existencia para que surjan composiciones de lugar tan peculiares. Tampoco entiendo, ilustres académicos, queridos amigos y amigas, qué raras coincidencias surgen en el muérdago que tejen los días para que nos veamos inmersos en situaciones inimaginables. Porque inimaginable es que hoy me encuentre yo aquí, en este sagrado lugar donde aletean sus versos y yacen sus huesos, en este precioso recinto donde vuela el pensamiento de Góngora.

*“Vuela pensamiento, y diles
a los ojos que te envió
que eres mío.”*

Mío nunca fue, como digo, el pensamiento de este momento. Nunca lo concebí, pues no entraba en mis cábalas esto, si siquiera cuando sobre un fragmento de sus Soledades yo hilvanaba en mi lejana soledad de bachiller aquel comentario de texto que me encomendara el profesor de Literatura, ni siquiera cuando, entre el olor a tinta de libro nuevo, contemplaba su retrato, su figura, con ese sereno hieratismo que captó en su rostro el pincel de Velázquez.

Y es que la vida es pura metáfora y el verso del tiempo inexorable hipérbaton. Hipérbaton que también sostiene el propio poema silente de nuestra memoria quebradiza. Y él, desde la inmortalidad de su palabra, bien sabe, bien sabía, de memorias y desmemorias, de eternidad y fugacidad, de amor y desamor. No en vano sentía la “brevedad engañosa de la vida”, y conocía que “cada sol repetido es un cometa”, algo así como el sordo rumor de las mariposas sobre el níveo jaral en el ritual de la mañana o la evanescencia de los pasos viajeros por las callejas soñolientas de Córdoba. Pero el propio pensamiento de Góngora también es pura metáfora, excelsa ingravidez de la remota ausencia e indeleble huella en la arena a resguardo de la lengua impenitente de las olas.

*“Pasos de un peregrino son errante
quantos me dictó versos dulce Musa
en soledad confusa,
perdidos unos, otros inspirados.”*

Paradojas de Góngora, ese su sol repetido, hecho cometa del alma, es el que marca hoy la órbita de nuestra admiración por su obra, esa misma admiración que en esta mañana de mayo nos convoca, en esta capilla noble, para recordarle. Para recordarle sin que haga falta, porque Góngora está para siempre en el trono de la celebridad, porque él habita en el altar egregio de los genios, que es tanto como decir en el imaginario de todos, en la esencia misma de la Córdoba universal; porque Góngora permanece detenido en el tiempo, con su palabra, escogida y perfecta, brillante e imperecedera espejeando en las aguas del “gran río”, en esas mismas aguas donde se miran los muros y las torres de su soneto inmortal.

¡Inmortalidad! Inmortalidad es la palabra, inmortalidad es el himno cuando se piensa en Góngora. Inmortalidad merecida. ¡Cómo se equivocó él en sus propios augurios! Bien que le perdonaron las horas, “las horas que limando están los días/ los días que royendo están los años”. Por eso él es inmune a la hiena del olvido. Por eso él vive y ama y siente y sueña para siempre, y, si no, se reinventa a sí mismo en el claro hondón de un romance o de una canción;

*“En llorar conviertan
mis ojos, de hoy más,
el sabroso oficio
del dulce mirar.”*

Secreto arúspice del mensaje poético que una y otra vez renace y se reencuentra en la buscada soledad de una silva; maestro en la alquimia de los signos, que se reivindica, “pisando la dudosa luz del día”, en la mitología de Polifemo o en la imposibilidad de Galathea.

*“Purpureas rosas sobre Galathea
La alba entre lilios candidos deshoja:
Duda el amor qual mas su color sea,
O purpura nevada, o nieve roja.”*

En su indagación sin límites, Góngora penetra el universo de la perfección. Porque él sabe escoger como nadie la muesca del vacío inexplorado y encajar en ella con precisión de relojero su palabra, intensa de color y sonido, pletórica de musicalidad, en desordenado orden.

*“Váyanse las noches
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad.”*

Soledad del poeta desde la que se supera a sí mismo en cada acto de sinceridad que es el poema para alcanzar lo que otros no alcanzan, para llegar a donde otros no llegan. El poeta tronza el esquema del mensaje para luego recomponerlo en un mosaico de luz y color de inigualable sugestión. Es la deliberada y obsesiva inversión de la palabra y su sustancia como armas de su incontenible creatividad. Más allá de los ismos, que quedaron sepultados bajo cenizas de inútiles batallas, el poeta habita en

la misma intemporalidad de lo sublime. Porque lo inmejorable se hace en él vulgar para las posibilidades de su pluma, lo grandioso serenamente sencillo, pero también lo insignificante se torna supremo y lo caduco inmarcesible, ya sea el cálido rumor de un beso robado o la levedad de una flor en el campo. Todo en Góngora tiene una causa y un efecto, un destino y un porqué.

*“Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.”*

Miel, néctar, más bien, de belleza hecha canción desde la retina del lector que sigue la estela de sus versos, pero una canción mágica como lo son todas las canciones que pregonan la sagrada arquitectura de las cosas, la del paisaje solitario o la de la íntima memoria. Porque la poesía es memoria, memoria que recorre nuestro propio paisaje.

Paisaje y memoria. Paisaje del hombre bajo el horizonte de sus pasiones, memoria que nos retorna y nos devuelve a lo que fuimos, que nos desnuda y nos coloca ante el espejo de lo que somos y de lo que seremos. Paisaje y memoria también de la propia Córdoba, de la Córdoba que él vivió y soñó y de la Córdoba que surge en la eternidad de su fugaz pensamiento. Es la ciudad descubierta en un recodo de su grandeza, pero a un tiempo es la ciudad añorada desde todas las lejanías, como la de Granada. Córdoba, hecha patria sentida, fibra y visceralidad del poeta, dentro del sentimiento de la madre patria.

*“Si entre aquellas ruinas y despojos
que enriquece Genil y Dauro baña
tu memoria no fue alimento mío,
nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tu muro, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!”*

Memoria que se abre al pensamiento del poeta. A ese pensamiento que busca, escudriña y mide, a ese pensamiento que tantea, calcula e indaga el territorio inexplorado del ser humano cuando “la oscuridad es luz”.

*“Vuela pensamiento, y diles
a los ojos que te envió
que eres mío.”*

Y suyo era también el espacio y el tiempo de la palabra, como el propio tiempo y espacio de Córdoba. El territorio de Góngora es ilimitado para sus versos, porque los suyos son versos que traspasan la infancia más tierna hasta el postrer acto vital de la existencia, que es el morir. Y Góngora sabe mucho de esto, de inicios y finales, de victorias y caídas, de lealtades y traiciones, desde su religiosidad de atípico canónigo o desde su vitalismo de poeta, un tiempo cortesano abierto a alguna que otra diversión. Acaso porque esto sea la misma vida y la poesía la fuerza lene pero incontenible que puede desentrañar sus misterios.

Desde sus idas y venidas o desde sus ausencias y reencuentros, el poeta se desvive en una eterna búsqueda emocional de amor y belleza, ya sea por los anchos valles

del alma, ya por el páramo encarnado del corazón, porque estos son por excelencia los caminos de la poesía. Pero el poeta sucumbe, al fin, en su peregrinar, el poeta es vencido por la otra cara de su propia arma, por el filo oculto de su misma memoria que es la desmemoria, la desmemoria que impone el olvido irreversible. Y esa desmemoria, como los restos del naufragio que el mar devuelve a la playa, retorna al poeta a su origen, lo regresa y lo acerca a la lejana soledad de Córdoba cuando el tiempo es un concepto inasible para él. Córdoba y el poeta se funden ya para siempre, y la ciudad, con él, conquista un nuevo halo de eternidad.

*Sueño que Góngora sueña
bajo la luna de mayo.*

Fría eternidad de yedras
que trepan desde el pasado,
cuando el pájaro de níquel
liba la sal de sus labios.

Sombría herrumbre de voces
de los siglos coronados,
blanco dolor de alamedas,
negro sándalo de barro
por un río de silencios,
luz astral del verso claro.

*Sueño que Córdoba sueña
bajo la luna de mayo.*

La vieja alquimia del tiempo
devuelve el rito sagrado:
remota canción del agua,
pasar sin haber pasado.

Eternidad tras el vuelo
del pájaro imaginario,
el mismo que ayer volara
entre cálidos naranjos
a la fronda azul de su alma
abierta en eterno canto.

*Sueño que Góngora sueña
bajo la luna de mayo.*